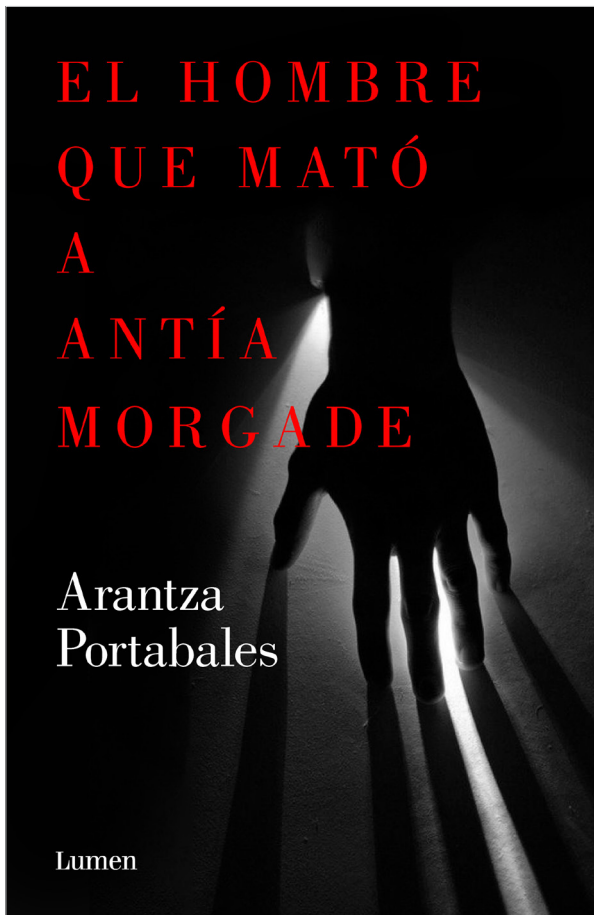


DOSIER DE PRENSA



Tras el éxito de *Belleza roja* y *La vida secreta de Úrsula Bas*, llega el nuevo caso de *Abad y Barroso*, por una de las voces más poderosas de la novela negra española

«Arantza Portabales consigue que el lector sospeche de todos. [...] Negra, muy negra». Carmen Mola

«Arantza Portabales: recuerden este nombre».

J. Ernesto Ayala-Dip, *El Correo*

Libro: *El hombre que mató a Antía Morgade*

Autora: Arantza Portabales


Páginas: 448

Precio: 19,90€

Fecha de publicación: 16 de febrero de 2023

Síguenos en:

 @SigueLumen

 @lumeneditorial

 @editorial_lumen

www.penguinlibros.com

LA OBRA

Santiago de Compostela, julio de 2021. Iago Silvent, una de las voces de la comunidad científica internacional con mayor proyección durante la pandemia, ha regresado a la ciudad tras años viviendo en el extranjero. Para celebrarlo, organiza una cena de reencuentro con cinco amigos que fueron, tiempo atrás, su única familia. Han pasado más de dos décadas desde que él, Carlos, Mónica, Eva, Lito y Xabi dejaron el piso tutelado de la Algalia, un proyecto social pionero para chicos sin hogar, y tomaron caminos separados, intentando superar por sus propios medios unas adolescencias difíciles, marcadas por la orfandad y la trágica muerte de Antía, la hermana menor de Carlos, que se quita la vida en el salón de la vivienda compartida.

Blanca Establés

blanca.estables@penguinrandomhouse.com

(+34) 660 71 61 05

Laura Russo

laura.russo@penguinrandomhouse.com

(+34) 666 147 563

Ahora, sentados alrededor de la mesa de un restaurante y convertidos en adultos que disimulan como pueden sus flaquezas, los recuerdos comienzan a aflorar, pero cuando las luces se apagan para disfrutar del espectáculo de fuegos artificiales previos a la festividad del Apóstol, un disparo a bocajarro mata a Xabi.

Esa misma noche, el inspector Santiago Abad recibe una llamada de Carlos, ex compañero de clase en el instituto, que le advierte que el hombre que mató a Antía ha regresado para vengarse de los chicos de la Algalia. Carlos Morgade señala como culpable de la muerte de Xabi y de su hermana a Héctor Vilaboi, uno de los educadores del piso tutelado, condenado a prisión por abusos sexuales a menores. En esa condena tuvieron mucho que ver los testimonios de Eva y Xabi, que sabían que Antía había sido una de sus víctimas, una de las razones que podría explicar su suicidio. Puesto en libertad apenas una semana antes del reencuentro y en paradero desconocido, Héctor se convierte a ojos de Santiago Abad en el principal sospechoso de un caso que no ha hecho más que comenzar. Tan solo unos días después, la policía halla muerto a Lito, con una sobredosis letal ocurrida en misteriosas circunstancias. La hipótesis de Abad, fundada en las palabras de Carlos, parece cobrar consistencia, pero para el comisario Álex Veiga y la subinspectora Ana Barroso, que acaba de regresar de Ponferrada, los cuatro supervivientes de la Algalia pueden ser tanto víctimas potenciales como sospechosos de un doble crimen.

Bajo estricta custodia policial, y forzados a convivir en un apartamento como en los viejos tiempos, Carlos, Iago, Mónica y Eva vuelven sobre su pasado en común: historias trucas de amor adolescente, verdades que, a finales de los años noventa, en un mundo que no recibiría con los brazos abiertos a los huérfanos de la heroína, la enfermedad mental o el abandono, decidieron callar para sobrevivir. Pero los esfuerzos del comisario Veiga y su equipo para evitar más crímenes no son suficientes, y alguien con acceso a información confidencial continúa asesinando a los miembros del grupo... El intrincado caso, plagado de indicios equívocos, exige sospechar de todo y de todos.

Mientras siguen las huellas de Vilaboi, Abad y Barroso indagan en la historia del piso tutelado y el programa social Mentor, deshaciendo una opaca red de mentiras y secretos. En esta ocasión, la dupla de inspectores, tras haber fracasado como

amantes, intentan reescribir su intensa relación desde la amistad, mientras el vínculo de Santiago con su novia hace aguas y Ana le da una oportunidad a Álex. Como en los anteriores crímenes que resolvieron juntos, dejar los sentimientos de lado no resulta sencillo, pero entre complicidades, desencuentros y un amor que está menos olvidado de lo que suponen, consiguen que los celos mal disimulados y una atracción difícil de aplacar no interfieran demasiado en su trabajo. Para Abad existe, además, otra dificultad: dejar de ver a Carlos como aquel chico marginado y frágil al que defendía en el instituto y redescubrirlo como adulto, anclado en el pasado y atormentado por la culpa por no haber sabido ver lo que pasaba con su hermana.

El sentido de la lealtad pone a prueba el instinto del inspector, que tendrá que sobreponerse a sí mismo para evitar más asesinatos y resolver una intriga donde culpa, venganza, fracaso y supervivencia se entrelazan. Con su determinación, sagacidad y un olfato excelente, Barroso desempeña también un papel clave para ensamblar las piezas de un complejo puzzle que conecta pasado y presente, y en el que los monstruos no siempre tienen los rostros esperados.

LAS CLAVES DEL NUEVO CASO DE ABAD Y BARROSO

Tras el éxito de *Belleza roja* y *La vida secreta de Úrsula Bas*, la tercera entrega de la saga negra ambientada en Galicia compone una intriga donde se encadenan varias muertes y nadie está libre de peligro ni de sospecha. Los inspectores Abad y Barroso, bajo las órdenes del comisario Álex Veiga, vuelven a escena para resolver un caso que requiere indagar en el pasado, en busca de las piezas faltantes en el puzzle del suicidio de Antía Morgade y, ante todo, no dejarse llevar por las pistas engañosas ni la camaradería, que puede encubrir oscuras intenciones. Zigzagueando entre 1998 y 2021 a través de la memoria de unos personajes traumatizados por su pasado, *El hombre que mató a Antía Morgade* pone a los investigadores y al lector ante un círculo cerrado que, a diferencia del caso de *Belleza roja*, no se constituye en la alta sociedad gallega, sino en los márgenes que habitan los niños y jóvenes sin hogar tutelados por el Estado.

Blanca Establés

blanca.estables@penguinrandomhouse.com
(+34) 660 71 61 05

Laura Russo

laura.russo@penguinrandomhouse.com
(+34) 666 147 563

Víctimas y culpables se confunden e intercambian roles en un microcosmos que Arantza Portabales construye con precisión y un elegante guiño a clásicos del género policíaco como *Diez negritos*, de Agatha Christie, o los misterios de cuarto cerrado. La característica narración caleidoscópica de Portabales, hecha desde diversos puntos de vista, juega un importante papel a la hora de contar una trama en la que el suspense no se crea con golpes de efecto, sino a partir de la minuciosa construcción de una intriga salpicada de pistas donde la pregunta del «por qué» acaba desplazando a la del «quién». A la luz de ese interrogante, de respuesta esquiva, la escritora emprende una nueva incursión en la naturaleza de lo monstruoso, a través de los depredadores sexuales y asesinos que acechan en las calles, y de los peligrosos demonios interiores que se gestan en la culpa, la ira, el fracaso, la debilidad, el instinto de supervivencia y los estigmas sociales. Personajes como Carlos Morgade o Santi Abad ilustran en cada una de sus acciones la lucha por mantener bajo control una monstruosidad tan humana como destructiva.

Considerada una de las grandes voces de la novela negra contemporánea, Arantza Portabales confirma con este nuevo caso de Abad y Barroso su excelente dominio de los mecanismos de la literatura policíaca. Entre asesinatos en serie, sospechas cruzadas y los conflictos de una pareja de investigadores que continúan buscando un modo de estar juntos sin lastimarse, *El hombre que mató a Antía Morgade* va, sin embargo, más allá de las exigencias propias del género. Como ya ha demostrado en las anteriores entregas de la saga, Portabales deja claro su talento para delinear personajes poliédricos, capaces de transformarse al ritmo de sus experiencias y los resortes de su psique.

LOS PERSONAJES

Carlos Morgade

La muerte de su padre en un accidente pone fin a la infancia feliz de Carlos. Tras asistir al derrumbe mental de su madre, queda huérfano en la adolescencia y, junto a su hermana pequeña, ingresa a finales de los años noventa en el piso de la Algalia, en el marco de un programa destinado

a tutelar a adolescentes sin hogar que rondan la mayoría de edad. Allí traba amistad con Iago, que va también al mismo instituto que Santiago Abad, y mientras Silvent se revela como un alumno brillante, Carlos capta la atención de todos con su guitarra y sus canciones. El suicidio de Antía supone un durísimo golpe para él que, llegado a los cuarenta, se gana la vida dando clases de música y tocando en bares. Anclado en un pasado difícil de superar, vive entre la culpa por no haber visto que Vilaboi abusaba de su hermana, y una dolorosa sensación de fracaso por no haber sido capaz de protegerla.

Iago Silvent

Brillante y ambicioso, Iago descubre en el estudio un camino para escapar de la marginalidad y dejar atrás una infancia y adolescencia disfuncionales. Sus descoltados resultados académicos le abren las puertas de la universidad para estudiar Biología y, más tarde, desarrollar una importante carrera científica en Estados Unidos. Tras encabezar un equipo de investigación para la vacuna del COVID-19 y convertirse en una de las voces con más proyección y autoridad durante la pandemia, Iago regresa a Santiago de Compostela para dirigir un nuevo instituto científico creado a su medida. El más exitoso entre los chicos de la Algalia aprovecha la oportunidad para reencontrarse con los que alguna vez fueron su única familia. A la par que los crímenes se suceden, inicia un *affaire* con Mónica, de quien está enamorado desde la adolescencia.

Xabier Cortegoso

Una infancia marcada por el abandono condena a Xabi a un mutismo traumático que solo consigue superar en el piso de la Algalia, junto a un grupo de chicos que, como él, llegan con una pesada mochila a cuestas. Después del suicidio de Antía y el juicio a Héctor Vilaboi, Xabi sigue adelante, trabajando en una fábrica de automóviles y transitando la vida con la discreción y timidez que siempre lo caracterizaron. Sin enemigos declarados, su asesinato impacta a sus compañeros y se convierte en un misterio de difícil explicación.

Blanca Establés

blanca.estables@penguinrandomhouse.com
(+34) 660 71 61 05

Laura Russo

laura.russo@penguinrandomhouse.com
(+34) 666 147 563

Lito Villaverde

El estigma de unos padres yonquis persigue a Lito. Siendo adolescente, comienza a consumir drogas inducido por Héctor Vilaboi, quien saca partido de las debilidades del chico para manipularlo a su gusto y comprar su silencio. Lito se convierte en un adicto que, con mucho esfuerzo, consigue desintoxicarse apenas un año y medio antes de que alguien deje en su apartamento la dosis justa para desatar el mono y provocarle una sobredosis mortal.

Mónica Prado

Con sus piernas largas y su silueta proporcionada, Mónica es una adolescente despierta que reconoce en su belleza la llave ideal para salir de las viviendas tuteladas y labrarse un futuro mejor como modelo o actriz. Iago intenta inútilmente llamar su atención, pero ella prefiere la compañía de hombres mayores a la de un adolescente sin hogar. Es una de las primeras en descubrir la pesadilla a la que Héctor está sometiendo a Antía porque ella también es víctima del educador, aunque en 1998 prefiere guardar silencio para no dañar la imagen pública que con tanto esmero intenta construir. A los cuarenta, sigue siendo fiel a su culto a las apariencias, no duda en sacar partido del caso para promocionarse en las redes sociales y se aferra sin titubeos al amor que Iago, ahora convertido en un hombre rico y famoso, siempre sintió por ella.

Eva Nóvoa

Eva es una adolescente temerosa que pasa por el piso de la Algalia cultivando un bajo perfil que mantiene también en la adultez, cuando elige llevar adelante una vida sencilla y sin sobresaltos. Empujada por sus compañeros de piso, declara en contra de Vilaboi durante el juicio por presuntos abusos, pero, dos décadas después, tiene más verdades por revelar. Entre ellas, el amor que siempre ha sentido por Carlos y que, ante la amenaza que se cierne sobre todos ellos, por fin se atreve a confesar.

Blanca Establés

blanca.estables@penguinrandomhouse.com
(+34) 660 71 61 05

Antía Morgade

La menor de los Morgade es una chica inocente condenada a lidiar con la orfandad desde pequeña. Enamorada secretamente de Iago y víctima de los abusos de Héctor Vilaboi, Antía guarda muchos secretos que su hermano recién descubre más de veinte años después de que ella haya tomado la trágica determinación de cortarse las venas en el salón del piso de la Algalia.

Héctor Vilaboi

Héctor Vilaboi es un hombre culto, cuya excelente reputación profesional como educador se desmorona el día que una menor a su cargo lo denuncia por abuso sexual. A esta acusación le sigue una avalancha de testimonios, entre ellos, los de los chicos de la Algalia. Vilaboi es condenado a veinte años de prisión y queda en libertad apenas una semana antes de que Iago regrese a Santiago. En prisión, intercambia favores con otros presidiarios que le son de ayuda dentro y fuera de la cárcel. Pese a ser un depredador sexual y un auténtico monstruo, varias personas que lo conocen bien ponen en duda que sea capaz de cometer un asesinato.

Santiago Abad

Célebre por su instinto, que juega un importante papel en la resolución de los casos de Xiana Alén y Úrsula Bas, el inspector Abad guarda en esta ocasión una relación cercana con algunas de las personas involucradas en los crímenes que intenta resolver, a quienes conoce desde su adolescencia. Lo que para él no supone una desventaja, es visto como un problema para Barroso y Veiga, que creen que el inspector se está dejando influenciar por la camaradería y las lealtades. Para Abad, a su vez, este caso lo enfrenta al reencuentro con Barroso, su compañera, ex novia y amante, y el regreso de Ana remueve los cimientos de su relación con Lorena, su actual pareja. Abad y Barroso se declaran amigos, pero la complicidad que hay entre ellos puede ceder paso rápidamente al amor y el deseo, y el inspector, tras mucho tiempo

Laura Russo

laura.russo@penguinrandomhouse.com
(+34) 666 147 563

trabajando el control de una ira que se vuelve violencia contra sus parejas, debe contener de nuevo sus emociones y dejar que Ana pase página.

Ana Barroso

Tras una larga temporada trabajando en Ponferrada, después de cerrar el caso de Úrsula Bas, la subinspectora Barroso regresa a la comisaría de Santiago de Compostela, convencida de que esta vez las cosas entre ella y Abad irán algo mejor. Su hijo ya es un adolescente, pero a sus treinta años Ana continúa haciendo malabares entre su trabajo, su carrera de criminología y la maternidad en solitario. Las vacaciones de verano, que el hijo pasa junto a la abuela, le dejan un poco de margen para pensar en sí misma y, dispuesta a cerrar viejas heridas y darse una nueva oportunidad en el amor, comienza una relación con Álex Veiga, su jefe. Junto a él, por una vez en su vida, Ana siente que está eligiendo al hombre correcto, pero lo que sigue sintiendo por Santi resulta más confuso de lo esperado.

Álex Veiga

Al frente de la comisaría de Santiago de Compostela desde 2019, cuando tiene lugar la desaparición de la escritora Úrsula Bas, Veiga es un comisario que ha sabido ganarse el respeto de sus subordinados valiéndose de su inteligencia y paciencia, con la espera también a que Ana esté preparada para comenzar algo con él. Atento, considerado y muy atractivo, reúne muchas de las virtudes que ella ha echado en falta en todos los hombres que ha dejado entrar en su vida.

Brennan Connor

Médico psiquiatra, Connor ha dado cuenta en el caso de Xiana Alén y de Úrsula Bas de su extraordinaria capacidad para leer el interior de las personas. En esta ocasión, ayuda a comprender la atormentada psique de Carlos Morgade mientras continúa velando por el bienestar de Santi, que tiene en el psiquiatra a un gran amigo y a un puntal cada vez que sus emociones fuera de control le juegan una mala pasada.

Blanca Establés

blanca.estables@penguinrandomhouse.com
(+34) 660 71 61 05

Rubén del Río

Una serie de casualidades hacen que Rubén del Río, un agente joven que está de guardia la noche del crimen de Xabi Cortegoso, se vea involucrado en la investigación de un intrincado caso que puede marcar un antes y un después en su carrera dentro del cuerpo policial gallego. Barroso y Abad no tardan en reconocer los méritos del agente, que los ayuda a avanzar en el caso pero que, como la mayoría de los personajes de esta historia, esconde unos cuantos secretos.

EXTRACTOS POR TEMAS

Sospechosos

A ese momento de horror le siguió una noche interminable de interrogatorios y declaraciones. Y la sensación de que todos eran sospechosos. La distancia entre la sospecha y la culpabilidad era insignificante. Todos lo sabían. También sucedió cuando murió Antía. (p. 50)

—Te conozco.

—Y yo a ti. —Ana lo miró de frente, seria—. Sé que para ti el pederasta es ya el principal sospechoso. Pero vas a hacerme caso, no vamos a descartar a ninguna de esas cinco personas. Como bien me dijiste una vez, nuestra responsabilidad es encontrar a un culpable para que los inocentes puedan seguir con su vida. Leeremos las actas del juicio de Vilaboi e intentaremos dar con él, pero no les quitaremos la vista de encima a los amigos del muerto.

Santi soltó el aire poco a poco y asintió despacio.

—El jefe ya ha puesto a un par de agentes a buscar a Vilaboi —le informó—. En cuanto lo localicen le tomaremos declaración.

—Y me parece bien —convino Ana—. Pero no olvides que lo único que sabemos con seguridad es que esos cinco estaban en la mesa y, por lo tanto, eran los que lo tenían más fácil para matar a Cortegoso. Y lo que nos acaba de decir Eva Nóvoa es muy revelador.

—¿Por qué?

—Porque estaba oscuro y nos ha revelado que Xabi ocupaba una silla que no era la suya, por lo

Laura Russo

laura.russo@penguinrandomhouse.com
(+34) 666 147 563

que cabe la posibilidad de que el asesino se equivocara de presa.

—Si eso fuera así —sentenció Santi—, Carlos Morgade está vivo de puro milagro. (p. 60)

No, no la había matado. Se la había follado una y otra vez. Sintió ganas de decírselo. De decirle que entendía su odio. Él también los odiaba a ellos. A ellas. A todos. Era cuestión de ver quién odiaba más. Quién era el más listo. Quién era capaz de huir y quién era capaz de atrapar a quién. El odio, cuando lo invade todo, no deja espacio para nada más.

Debió haberse cortado las venas en la cárcel, como la estúpida de Antía. Si ella hubiera seguido viva, quién sabe si todos esos cabrones ingratos no se habrían quedado callados para que él pudiera continuar con su vida. De nada servía especular. Había pasado entre rejas veinte años. Había pagado por ello. Ahora tocaba defenderse. Necesitaba hacer un par de llamadas. Tirar de todos sus contactos.

Él estaba en desventaja. La maquinaria, de nuevo, jugaba en su contra. Daba igual lo que dijera. Nadie le creería. Lo tenía muy claro: su vida le importaba tan poco como la de ellos. (p. 81)

Miró a su alrededor. No había pasma alrededor. Ni siquiera de paisano. Eso quería decir que la policía no los estaba protegiendo y esa era una noticia cojonuda. Eso quería decir que para la pasma ellos eran sospechosos, que no solo lo buscaban a él.

Aprovecharía esa ventaja.

lago siempre había estado pillado por Mónica. Héctor conocía todos los secretos de esos chavales. Sabía incluso cosas que ellos no imaginaban de sí mismos. Era el observador neutral. Eva estaba loca por Carlos y él no podía pasar más de ella. Carlos era un cabrón introspectivo totalmente traumatizado porque su madre estaba pirada. Podía culparlo a él de lo que había ocurrido con Antía, pero la única culpable de eso había sido ella, que estaba chalada también. Luego estaba Lito, que era maricón y yonqui. Lo primero no lo sabían sus compañeros. Una lástima que a él no le fueran los tíos, porque podría haber conseguido algo más que su silencio por la droga que le pasaba por mantenerlo callado Eva, esa estúpida mosquita muerta a la que habían manipulado para que mintiera en el juicio.

La había subestimado. Al final fue ella la que lo metió en chirona, y eso que él nunca la habría tocado ni con un palo, no le iban las monjitas. Xabi era un superviviente que solo quería huir sin mirar atrás. Y habían sido sus compañeros los que le habían obligado a implicarse, a mentir, a vengar una muerte que todos le achacaban. Para ellos, él era el hombre que había matado a Antía Morgade y nadie los iba a mover de ahí. Le daba igual. Ahora tenía muy poco que perder. Haría un par de llamadas, tenía que protegerse de alguna forma. Iba a encontrarlos e iba a acabar con ellos, porque sabía que, si no lo hacía, ellos acabarían con él. Prefería la cárcel que morir a manos de la poli o de uno de esos pequeños cabrones. Y no iba a ser fácil. Ellos tenían a la pasma de su lado, tenían dinero, libertad, apoyo público y mucho odio dentro. Él solo tenía dos cosas: la firme determinación de acabar con ellos y a Loko. (pp. 191-192)

—Somos víctimas de los estereotipos.

—Los estereotipos son tremendamente útiles en nuestra profesión —apuntó el comisario—. Observa nuestro caso actual: el cantante triste y maldito, el biólogo brillante y triunfador, la modelo a la caza del marido rico, la pobre peluquera que no tiene carácter para plantarle cara a la vida, el chaval tímido que solo quería olvidar su pasado, el yonqui en cuya rehabilitación nadie cree... Inconscientemente colgamos etiquetas a todo el mundo.

—Y en eso consiste una investigación policial, en ir destruyendo esos estereotipos uno a uno. En apartar lo superficial y descubrir la parte real que habita en cada uno de los sospechosos. (p. 229)

—Pues permítame decirle que usted no tiene ni idea, subinspectora Barroso —continuó Carlos, visiblemente molesto—, de lo que supone crecer sin padres y que tu única familia sean un puñado de chavales en iguales condiciones que tú. Usted no tiene ni idea de lo que supone que todo el mundo sospeche sistemáticamente de uno, pase lo que pase, por la única razón de que vienes de un hogar o de una residencia de acogida. Pregúntele a Santi cómo nos trataban en el instituto. Cuando eres uno de nosotros aprendes pronto que todos los dedos acusadores irán hacia ti y también aprendes a defender a los tuyos, y eso es lo que hizo Eva: callar para defender a uno de los nuestros. (pp. 246-247)

Blanca Establés

blanca.estables@penguinrandomhouse.com
(+34) 660 71 61 05

Laura Russo

laura.russo@penguinrandomhouse.com
(+34) 666 147 563

Mónica tenía razón: todo sería más fácil si Morgade desapareciese. El otro día estuvo a punto de dejar que sucediese. Abrió la puerta del baño, y allí estaba, moribundo. Desangrándose. Por un instante, pensó en lo fácil que sería dejar que muriese. Pensó incluso en contar a la policía que les había confesado que él estaba detrás de todas las muertes. Esa sería la solución a todos sus problemas. Un Carlos muerto y culpable que hiciese desaparecer la sombra de la sospecha sobre ellos sería un final para todo este asunto; no sería perfecto, no sería justo, pero sería un final, y eso era lo que necesitaban más que nada, un final que les permitiese pasar página y volver a empezar. (pp. 325-326)

En el laberinto del pasado y la culpa

—Esto parece el piso de la Algalia —dijo Lito, que acababa de llegar acompañado de Xabi.

Efectivamente, lo parecía. Era increíble lo rápido que se difuminaba el tiempo. La compañía de ellos resultaba natural. Sí, Iago lo había resumido muy bien. Eran familia. A pesar de los años transcurridos. A pesar del dolor y de los recuerdos oscuros.

—Ahí viene Carlos —anunció Mónica, señalando al hombre de camisa negra y vaqueros que se dirigía hacia la mesa.

Ahora ya estamos todos —dijo Lito.

Todos no, pensó Carlos, mientras abrazaba a Iago en primer lugar y dirigía su mirada hacia Eva.

Ya nunca estarían todos. (p. 36)

Dicen que el arte, en su mejor versión, nace del dolor. Es cierto, pero también nace de todos los factores externos que lo provocan. Nace del amor, del odio, del despecho, de la morriña. Nace de la nostalgia, de lo que fue y ya nunca será, de lo que pudo ser. El arte es nuestro pasado encontrando un hueco en nuestro presente en el que nos limitamos a ser lo que fuimos. Algunos no nos conformamos con lo que la vida nos ofrece. (p. 95)

—Tú no estuviste en ese juicio —digo al fin—. Y voy a contarte algo que no he contado a nadie: fui a verlo a la cárcel. Fue un par de años después de que lo condenasen. Siempre pensé que verlo entre rejas me daría paz, pero no. Pasaban los meses

y cada vez me sentía peor. Sé que vas a entenderme. No sé si es odio u obsesión, pero él me arrebató lo último que me quedaba en la vida. Y no es solo eso. Se trata del hecho de que él hizo sufrir muchísimo a Antía. Yo tenía que haberla cuidado. Era mi obligación, mi deber.

—Y la cuidaste. Lo que pasó no fue culpa tuya.

—Por supuesto que no, tengo claro de quién fue culpa. Por eso fui a verlo. Y me encontré un tío lúcido y profundamente resentido que nos culpaba a todos por haber acabado en la cárcel. (p. 113)

Siempre me hizo sentir como alguien que valía la pena. Si yo fuera un tipo normal, habría salido con Eva. Ahora yo sería mecánico como Damián y la esperaría a la vuelta de la peluquería. Incluso puede que hubiéramos tenido hijos. Y quizá nuestros hijos heredasen esa extraña locura que se llevó a mi madre por delante. No, no los hubiéramos tenido. Habríamos sucumbido a un aplastante estado de normalidad. Eva no sería más feliz de lo que es ahora, pero ella no lo sabe. Para Eva solo soy algo que deseó y nunca tuvo. Si lo pienso bien, no hay estado mejor. El del deseo insatisfecho, el anhelo expectante. Ninguna materialización de lo que ella esperaba de mí alcanzaría nunca las expectativas que se había forjado. Por eso aún me recuerda, porque esa expectativa es más excitante que lo que nunca tuvo y siempre quiso tener. Supongo que a mí me pasa lo mismo con Héctor. No somos tan distintos. Me pregunto por qué ella nunca me buscó. Imagino que siguió adelante y yo me quedé anclado en el pasado. (pp. 165-166)

Mientras Iago dormía, Mónica lo observaba en la penumbra. Probablemente la gente pensaría que estaba con él por su dinero. Y era cierto, aunque solo en parte. No iba a negar que todo lo que Iago le podía proporcionar desde el punto de vista material le resultaba muy atractivo, pero había algo más. Reencontrarlo le había recordado quién era ella, de dónde venía y cómo la había tratado la vida. Solo Iago podía comprenderla sin juzgarla. Él la conocía y la quería tal como era. Con él no tenía que disimular, no había fingimiento, ni juego de seducción, ni falsas esperanzas. Aun así, debían aprender a estar juntos. No eran más que viejos desconocidos. Sintió ganas de abrazarlo, aunque no quiso perturbar su sueño. Era un buen amante, experimentado, que se esforzaba para que ella

Blanca Establés

blanca.estables@penguinrandomhouse.com
(+34) 660 71 61 05

Laura Russo

laura.russo@penguinrandomhouse.com
(+34) 666 147 563

disfrutase. La trataba como un diamante, como un objeto largamente codiciado. Era maravilloso sentirse así de segura. Observó que Iago se revolvía inquieto. Comenzó a murmurar en sueños. Emitía palabras inconexas. (p. 207)

Carlos se desasí y cayó de rodillas junto al cadáver. No se vio capaz de abrazarla. Le asaltó el ridículo pensamiento de que la despertaría. Su mirada, esa mirada. No sabría describirla. Lo hizo su escritor favorito años después. Verde como el hielo, si el hielo fuera verde. Fue Héctor, que acababa de llegar al piso, el que se arrodilló a su lado. Y lo consoló. “Ya viene la ambulancia”, dijo. Y él se dejó abrazar por el hombre que había matado a Antía. El hombre que la había conducido a ese sofá, el culpable. Quizá no el único. Todos ellos lo sabían. Todos habían callado. Todos eran culpables. La besó antes de que Héctor la arrancase de su lado. Él los separó. De nuevo. (p. 399)

Una cuestión de supervivencia

En el sueño era rubia. Lo fue. Nunca volvió a serlo. Ella ya no era esa Mónica. Era otra. La superviviente que hacía lo que fuera para seguir adelante. No iba a sentir remordimientos ahora, porque hacía tiempo que había asumido que no tuvo más alternativa que actuar como lo hizo. Mentir, callar, manipular. Ella tomó las riendas en aquel momento. Lo hizo y no se arrepentía. Era ella contra el mundo. Se empezó a teñir el pelo después de todo aquello. Morena, castaña, pelirroja, azul, rosa, negro azabache. Estaba orgullosa de sí misma: había sobrevivido a Héctor. Ni Antía ni Xabi podían decir lo mismo. (p. 73)

Inspiro.

Espiro.

Vuelvo a inspirar.

Tomo conciencia de ese mero acto mecánico y al instante me percato de lo que eso significa: estoy vivo. Observó ahora lo que me rodea, con esa nueva conciencia. Techo blanco, paredes blancas, sábanas blancas, cortinas blancas rodeando la cama.

Un hospital. Eso es. He sobrevivido. No es extraño, llevo sobreviviendo desde el día en que murió mi padre. Soy un superviviente. He sobrevivido

a él, a mamá, a Antía. A la vida en centros de acogida y pisos tutelados. A Vilaboi. (p. 142)

¿Qué pasaría por tu cabeza, subinspectora Barroso, si alguien torturase a la persona que más quieres, tu hija, tu madre o tu marido, hasta hacerle insoportable vivir? ¿Qué harías si encontrases su cuerpo desangrado en un salón y supieses que tú también eres responsable por no haber sido capaz de verlo venir? Esto último es lo que no le perdono y jamás le perdonaré a Héctor: que haya contaminado mi conciencia hasta hacerme creer que yo pude haber hecho algo. Que pude haberlo evitado. Si eso pasase, subinspectora Barroso, te quitarías tu uniforme de policía, cogerías tu arma reglamentaria y se la meterías por la boca al cabrón que hizo eso. Pero eso no ha pasado: tus hijos, tu marido o tu madre no han sido víctimas de un monstruo, y por eso cuestionas a tu jefe; porque sabe que tengo razón, que Héctor Vilaboi se merece morir y que todos acabaremos muertos por su culpa. (p. 249)

Abad y Barroso... y Veiga

Ahora fue Álex el que se rio.

—Quiero salir contigo desde hace mucho, Ana, nunca te lo he ocultado. Dame la oportunidad de demostrarte que soy algo más que el jefe insoportable. Y no tienes de qué preocuparte, no te voy a pedir matrimonio, solo quiero salir a cenar y tomar una copa.

¿Solo eso? Me estás decepcionando. Dejémoslo en cena, copa y lo que surja —bromeó Ana mientras dirigía la mirada al móvil.

Era un mensaje de Santi. Lo abrió al instante.

—Y lo que surja —repitió Veiga.

Ana ya no lo escuchaba (p. 155).

—Todos los días, Barroso —confesó Álex—. Pero ahora estás de vuelta. Yo soy un tío libre. Tú también, y por lo tanto no me voy a andar por las ramas: me gustas desde hace mucho, Ana, y nada impide que nos veamos fuera de comisaría.

—Efectivamente, no te andas por las ramas —repitió ella. Álex se echó a reír.

—Llevo esperándote mucho tiempo, Barroso.

—¿Sabes qué pienso, jefe?, pienso que lo que más te gusta de mí es el hecho de que he estado saliendo con Santi.

Blanca Establés

blanca.estables@penguinrandomhouse.com
(+34) 660 71 61 05

Laura Russo

laura.russo@penguinrandomhouse.com
(+34) 666 147 563

—Pues yo pienso que te quieres muy poco. —Álex negó con la cabeza—. No tengo ningún tipo de competición con Abad. Ni siquiera sé qué pasó realmente entre vosotros. Lo único que sé es que tuvisteis una relación, cortasteis y lo dejaste para el arrastre. Tanto que estuvo un año y medio de baja psiquiátrica. Y que cuando volvió a trabajar contigo había tal tensión en ese equipo que renunciaste a una comisión de servicios en tu ciudad para acabar en Ponferrada. (p. 161)

—Es una buena pregunta. Primero fue mi compañera de trabajo, luego mi novia, después mi amante y ahora es mi amiga. Nos hemos alejado el uno del otro cuando lo hemos considerado necesario. Primero fui yo el que me encerré en mi casa. Luego fue ella la que huyó a Ponferrada. A cada paso que hemos ido dando nos hemos ido conociendo más. A veces creo que lo hicimos todo al revés y me pregunto qué habría pasado si primero hubiera sido mi amiga y después mi pareja. Pero esa reflexión ya no tiene cabida porque, por encima de todo, seguimos siendo compañeros de trabajo. Y ahora es todo más difícil porque salgo con una mujer estupenda que me quiere y me entiende, y ni siquiera soy capaz de pedirle que se venga a vivir conmigo. Sin embargo, la mujer que me conoce de verdad es Ana, y no deja de maravillarme que no salga corriendo a pesar de que sabe cómo soy. Te juro que pensé que podría manejar esto, trabajar con ella como en el pasado, pero me mentiría mucho a mí mismo si no confesase que creo que aún la quiero. (p. 194)

—Entonces sí es algo concreto. Tienes celos, y lo resuelves a hostias. Acabas de retroceder dos años.

—No lo he resuelto a hostias. Estoy aquí, contigo, pidiendo ayuda.

—Tienes razón. Pero vas a tener que esforzarte mucho.

—¿Cómo se sale adelante sabiendo que eres un monstruo? ¿Puedes ayudarme con esto?

—Basta con la primera parte de la frase. Salir adelante. (p. 195)

—Vaya, vaya. Baja la voz. De tu despacho al del jefe no hay tanta distancia. No quiero que te oiga y sepa lo gilipollas que puedes llegar a ser. Y sí, he dicho jefe, porque entre estas cuatro paredes

Álex Veiga es mi jefe, igual que lo eras tú cuando estuvimos juntos. Reduce marchas y relájate. Y si quieres perder los nervios, vete dándome un par de hostias. O dáselas a él. Deja salir al tío violento que llevas dentro. Y luego culpame a mí por salir con el jefe o por hacer lo que me sale de mis santos ovarios. Pero si todo este camino que has recorrido al lado de tu terapeuta ha servido de algo, pararás, respirarás y te portarás como un hombre y policía íntegro, me respetarás como compañera y mujer y, sobre todo, te respetarás a ti mismo. Recuérdame por un momento qué vi en ti algún día.

Ana se calló, exhausta.

Santi retrocedió y se sentó a la mesa. Observó el comunicado en el ordenador. Se cubrió el rostro con las manos. Ana se apoyó en la pared. Parecía guardar una prudente distancia de seguridad. Santi recordó aquella vez en que le dio un empujón en ese mismo despacho solo porque ella, igual que en este preciso instante, se había atrevido a decirle la verdad a la cara.

—Creo que aún te quiero —confesó él al fin con un hilo de voz.

Ana lo observó estupefacta.

—Vete a la mierda, Santiago Abad —dijo ella antes de salir dando un portazo. (p. 233)

Voy a contarte algo: cuando estábamos juntos y discutíamos, lo cual pasaba mucho y lo sabes, me volvía loco. Si se te acercaba un tío, sentía que me explotaba la cabeza. Solo quería darle de hostias hasta aplastarlo. Recuerdo un día que te vi con Javi en la zona vieja y tuve que irme al gimnasio a golpear un saco de boxeo cincuenta minutos. Cuando eso pasaba, me miraba al espejo y me repetía que ninguna tía se merecía un hombre como yo. Esto no es una adicción, es una enfermedad. Ojalá que esto se curase yendo al psiquiatra o al psicólogo o con pastillas, pero no es así. Esto no se cura, se aprende a vivir con ello. Yo empecé con la mitad del camino recorrido. No tuve que aprender que el problema estaba en mí. Adela siempre decía que el trabajo más importante en este tipo de terapia lo traía hecho de casa. Ya sabes por lo que pasé, año y media de baja, aislado de mi trabajo y del mundo. No sé si estoy curado, aunque creo de verdad que tengo al monstruo dominado. Pero lo que soy me ha jodido la vida. Tengo tanto miedo a hacer daño a quien quiero que ya no me puedo permitir querer a nadie.

—Saliste dos años y medio con Lorena —le recordó Ana.

—Porque no la quería. Es así de simple. Sabía que nunca iba a perder el control. (p. 408)

LA CRÍTICA HA DICHO...

«Arantza Portabales: recuerden este nombre».
J. Ernesto Ayala-Dip, *El Correo*

«Una de las autoras de novela negra más de moda, más reconocida, más potente».

Carles Francino, *La Ventana (Cadena SER)*

«Arantza escribe de maravilla».

Pepa González, *Vamos a ver*

SOBRE *BELLEZA ROJA*:

«Como suelo hacer en cuanto me llega una novela de género policíaco, la abro y busco la frase que me atrape. Abrí al azar *Belleza roja* y saltó la frase a la primera de cambio. [...] Una muy recomendable novela».

J. Ernesto Ayala-Dip, *Qué Leer*

SOBRE *LA VIDA SECRETA DE ÚRSULA BAS*:

«Confirmación de que la excelente *Belleza roja* no era un espejismo. [...] Una novela negra en la que los resortes del procedimental se manejan con esmero. [...] Un ritmo que se basa en sabia administración de la historia».

Juan Carlos Galindo, *Babelia*

«Relato adictivo y un buen equilibrio en la trama criminal. [...] Un divertidísimo desafío que no decepciona con su final y nos pone a prueba hasta las últimas páginas».

Marina Sanmartín, *ABC*

«La autora no solo no defrauda, sino que nos ofrece un thriller completamente diferente, pero tremendamente adictivo».

Estandarte

«Un imprescindible».

Patricia Orozco, *Metropolitano*

LA AUTORA

Arantza Portabales (San Sebastián, 1973) es licenciada en Derecho por la Universidad de Santiago de Compostela. Inició su carrera literaria en 2013 con la microcación. Tras obtener el Premio de Narración Breve de la UNED por «Circular C1: Cuatro Caminos-Embajadores» y el Premio Manuel Murguía de relato por «Xanelas», su microrrelato «Las musas» resultó ganador del concurso de la Microbiblioteca de Barberà del Vallès, que volvió a ganar en 2021 con «Los que observan». Es la autora de la colección de microrrelatos *A Celeste la compré en un rastrillo* (2015) y del libro de relatos ilustrado *Historias De Mentes* (2020). En 2015 publicó su primera novela en lengua gallega, *Sobreviviendo*, que mereció el XV Premio de Novela por Entregas de *La Voz de Galicia* y que la autora reescribió para su edición en Lumen en 2022. Los derechos de su segunda novela, *Deje su mensaje después de la señal*, publicada inicialmente en gallego y ganadora del Premio Novela Europea Casino de Santiago 2021, fueron vendidos a tres importantes editoriales extranjeras tras la noticia de su edición en Lumen en 2018. Con *Belleza roja* (Lumen, 2019), ganadora del Premio Frei Martín Sarmiento, inició la serie protagonizada por la pareja de policías Abad y Barroso, que continuó en *La vida secreta de Úrsula Bas* (Lumen, 2021) y ahora en *El hombre que mató a Antía Morgade*.



© Rubén García

Blanca Establés

blanca.estables@penguinrandomhouse.com
(+34) 660 71 61 05

Laura Russo

laura.russo@penguinrandomhouse.com
(+34) 666 147 563



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Blanca Establés

blanca.estables@penguinrandomhouse.com
(+34) 660 71 61 05

Laura Russo

laura.russo@penguinrandomhouse.com
(+34) 666 147 563